



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Andrew Graham-Yooll

**Rosas visto por
los británicos**

EL INGLÉS

Prólogos de Félix Luna, Pacho O'Donnell y Rosendo Fraga

Turbulentas relaciones de Argentina y Gran Bretaña a mediados del siglo XIX

ANDREW GRAHAM-YOOLL, SI BIEN NACIDO EN BUENOS AIRES, se ha mantenido también leal a su ascendencia escocesa por parte de padre e inglesa en la línea materna. Ha desarrollado una prolífica y rica carrera literaria, escribiendo algunas obras en castellano y otras en inglés, fundamentalmente de investigación histórica y de temas políticos.

Es periodista y comenzó a trabajar en el *Buenos Aires Herald*, desde donde siguió las alternativas de un país que alternaba democracias débiles y dictaduras golpistas. Con humor, Graham-Yooll afirma que los avatares argentinos tanto lo fascinaron que terminó exiliado. Es que en 1976 la ominosa dictadura cívico militar del Proceso lo forzó al exilio. En esos años en el Reino Unido trabajó para *The Daily Telegraph* y *The Guardian* y fue editor de la revista *South* en 1985.

Entre sus libros en español cabe citar *Buenos Aires, otoño 1982* (2007), *Tiempo de tragedias y esperanzas. Cronología histórica 1955-2005, de Perón a Kirchner* (2006) *Ocupación y reconquista, 1806-1807. A 200 años de las Invasiones Inglesas* (2006) y otras.

En inglés, cabe mencionar *Uruguay. A Travel and Literary Companion* (2008), *Imperial Skirmishes. War and Gunboat*

Diplomacy in Latin America (2002), *A History of Argentina, 1876-1999* (1999), *The Forgotten Colony. A History of the English-Speaking Communities in Argentina* (1981), *Portrait of an Exile* (1981), etcétera.

Entre estas últimas está *Así vieron a Rosas los ingleses, 1829-1852* (1980), Ed. Rodolfo Alonso, reeditada luego como *Rosas visto por los ingleses* (1997), Ed. Belgrano. Por fin, la obra que tiene usted en sus manos, una nueva y renovada reedición que debe celebrarse, en la que el autor hace pública una rica y meticulosa investigación que revela documentos y testimonios imprescindibles para conocer más a fondo la azarosa relación entre Argentina y Gran Bretaña, en especial esa circunstancia histórica fundamental que fue la invasión de la escuadra anglofrancesa de 1845 a nuestra Argentina.

Graham-Yooll descubre y revela material de indudable riqueza historiográfica y lo hace con equilibrio y ecuanimidad. Así nos enteramos de la indignación del representante británico en el Río de la Plata, Mr. Mandeville, quien en carta a Londres dirigida al canciller lord Wellington le informa “acerca de la inquietud y alarma sentidas generalmente en

esta, y de los insultos a los que han sido expuestos muchos residentes extranjeros que no se avienen a utilizar el emblema que identifica al Partido Federal, término que es sinónimo con el partido del general Rosas. Es mi deber informar a Su Gracia que la Legación de Su Majestad ha sido víctima de indignidad similar, si bien agravada. A uno de mis sirvientes, el Sr. Federico Hamilton, agregado de la Legación, y a mí, el día 29 último nos fue negada la entrada al Fuerte, donde se sitúan las oficinas del Gobierno, por no vestir el emblema mencionado”.

El 3 de enero de 1838, al informar sobre la inauguración de una nueva sesión de la Sala de Representantes, esta vez al vizconde Palmerston, Mandeville comentaría a propósito del mensaje de Rosas a los miembros: “Luego atiende a la ya gastada cuestión de las islas Falkland y se queja como es costumbre de la injusticia de su ocupación por Gran Bretaña, sin recibir, me atrevo a decir, mucha simpatía del público con excepción de las pocas personas que han especulado con la instalación de una propiedad en ese lugar. Seguramente esto ocupará un párrafo anual en cada mensaje hasta que el tema muera de cansado, a menos que una causa sin méritos induzca al gobierno a reavivar el tema para escudarse tras él [...]”.

En 1838, Francia había puesto sitio al puerto de Buenos Aires convencida de que la rendición de Rosas sería inmediata. Sin embargo, en una comunicación del representante británico a Londres con fecha 29 de octubre de 1840, cuenta: “Tengo el honor de transmitir a Su Señoría copia de una carta que he recibido del vicealmirante barón de Mackau, en la que me informa que una Convención, cuya copia tengo el honor de adjuntar, fue firmada en el día de hoy entre Su Excelencia por parte de Francia, y Don Felipe de Arana, por parte de la Confederación Argentina, por la cual las diferencias tan

largamente subsistentes entre los dos países han sido felizmente terminadas. El barón de Mackau me informa asimismo que en cuanto quede ratificada la Convención por el gobierno de Buenos Ayres dará órdenes para el levantamiento del bloqueo”. Y Mandeville firma “El más obediente y humilde servidor de Su Señoría”.

Rosas manejó con mucha astucia el enojo de los comerciantes ingleses con intereses en el Río de la Plata, a los que la invasión anglofrancesa dificultaba sus negocios, pues representaba un elemento de presión ante la Corona para desistir del bloqueo. El influyente *The Times* de Londres se quejaba con fuerza por una carta escrita por los comerciantes británicos de Buenos Aires a favor de Rosas: “El absurdo lenguaje exagerado de este texto revela de inmediato su origen. Desde hace tiempo ha existido en Buenos Aires un grupo de ingleses con el que tememos que el ex representante Mandeville se haya conectado, decidido a permanecer ciego ante las barbaridades y la insolencia del gobierno de Rosas”. La carta que provocó la ira en Londres había sido escrita por varios integrantes de las cámaras comerciales de Buenos Aires: “[...] nos es imposible por completo abandonar el país en el que nos encontramos, donde muchos de nosotros se dedican al intercambio comercial con Gran Bretaña, tienen grandes existencias de mercaderías británicas consignadas a nosotros para la venta, y grandes obligaciones en una divisa que se desvaloriza diariamente debido a los acontecimientos políticos que nos rodean[...] Algunos de nosotros residen en este país desde hace muchos años, y a todos nos han ofrecido durante el período de residencia aquí la protección más amplia, generosa y eficaz, especialmente durante la administración de Su Excelencia el brigadier general Don Juan Manuel de Rosas contra quien no tenemos el menor motivo de queja”.

Una perla de las investigaciones de Graham-Yooll es la minuciosa descripción que la prensa inglesa hace de la Guerra del Paraná, más recordada entre nosotros por el nombre del primer combate, la Vuelta de Obligado. Confirma que los hechos históricos son un relato condicionado por la subjetividad de quien lo cuenta. Con datos similares en la versión inglesa y en la nuestra las conclusiones son radicalmente distintas y opuestas.

Otro hallazgo muy interesante del autor es un párrafo en *The Times* en el que se pondera el empleo del buque de vapor en la guerra, que hizo posible la navegación sin depender de los vientos, lo que permitió introducirse en los ríos interiores en la conquista de nuevos mercados, como sucedió con nuestro Paraná. Sin embargo, era resistida por la obstinación de marinos veteranos que acusaban al nuevo sistema de sucio, desagradable y ruidoso, prefiriendo las velas. Mandeville tomó partido: “Esta acción es otro ejemplo (y varios semejantes se han producido durante las empresas en que se han visto comprometidas nuestras fuerzas navales en los últimos años) de las ventajas a derivarse del vapor en las operaciones fluviales, y la necesidad de obtener un aprovechamiento perfecto en ese tipo de operaciones”.

En otra página se confirma uno de los motivos de la ruptura entre Rosas y Urquiza que culminaría en Caseros. Había mucho contrabando entre Montevideo y Buenos Aires, a pesar o a favor del sitio impuesto por la Confederación rosista. Eso era consecuencia “de la negligencia observada por la escuadra de bloqueo ante ese puerto, y por el libre intercambio del que nuestros comerciantes disfrutaban alegremente con Entre Ríos”. Es decir, con Urquiza, quien se enriqueció con el tráfico ilegal ante la furia del Restaurador.

Verdadero o falso, los medios británicos hacían hincapié

en la supuesta o real violencia del gobierno de Rosas. El corresponsal de *The Times*, escribía desde Montevideo a fines de 1846: “La ferocidad de la soldadesca de Rosas casi no tiene paralelo. El capitán Reed, de la nave de Su Majestad *Racer*, me contó que cuando la misma estaba anclada frente a Maldonado hace cierto tiempo, un hombre fue decapitado por ellos por la simple acusación de haber facilitado algunas partidas de carne fresca al *Racer*, que la cabeza cortada fue pateada deportivamente a través de la plaza por los soldados, y que el oficial que ordenó la carnicería declaró en son de burla acerca de la humana intervención del capitán, que ‘las órdenes de Rosas deben ser ejecutadas; y que si le dijera que tenía que cortar la garganta de su propia madre no vacilaría en hacerlo’”.

También se acusaría a Oribe, jefe del ejército sitiador a las órdenes de Rosas, de organizar el asesinato de Florencio Varela, cabecilla de los unitarios exiliados en Montevideo, circunstancia aún hoy no confirmada. El autor nos obsequia también con una interesantísima descripción que Robert Gore, designado representante ante Buenos Aires, dirige a lord Palmerston acerca de lo sucedido después del combate de Caseros. “[...] como estuve muy ocupado durante la tarde no regresé hasta las cuatro y media a mi casa donde, para mi asombro, encontré al general Rosas, que había entrado allí media hora antes disfrazado de soldado raso. Me habló con tanta calma como si se encontrara tranquilo en Palermo, y me dijo que estaba a salvo bajo la protección de la bandera británica; que había escrito una nota al presidente de la Sala entregando en manos del presidente de la Sala de Representantes el poder que le habían hecho el honor de entregar, y que estaba por abandonar el país [...]. Como a las diez y media no había llegado ninguna respuesta, consideré aconsejable regresar a la ciudad y preparar y llevar a cabo un plan para

embarcar al general Rosas y su hija antes de que rompiera el día. El contraalmirante Henderson, con quien me comuniqué de inmediato, vio enseguida la necesidad de que el general Rosas abandonara mi casa ya que la consecuencia de quedarse allí podía resultar muy perjudicial para los intereses británicos. Propuse entonces embarcarlo a bordo del *Locust*, un vapor (que habíamos acordado enviar a Montevideo con un mensaje para alcanzar a la nave correo), y trasladarlo con su familia al *Centaur*, hasta que el *Conflict*, un vapor, llegara aquí desde Montevideo para llevarlo a sitio seguro. Regresé a mi casa con la hija del general Rosas, a medianoche, y después de un poco de conversación convencí al general Rosas de la necesidad absoluta de embarcarlo esa noche, cosa que realicé a las tres de la madrugada con su hijo e hija. El plan se llevó a cabo sin conocimiento de ninguna persona fuera de las absolutamente necesarias para su buen fin”.

El Restaurador desembarcó en Gran Bretaña y Southampton sería su lugar de largo exilio. Pero su arribo no pasaría desapercibido para el *The Times* del 26 de abril de 1852: “Rara vez la tolerante hospitalidad de Inglaterra ha sido puesta más a prueba que en este momento, por la llegada a un puerto irlandés, y probablemente antes de que pase mucho tiempo a la metrópolis, del ex dictador de Buenos Aires. Es una nueva demostración, en caso de que se la necesitara, de que el suelo de Gran Bretaña está abierto para los refugiados de cualquier clima, no se cierra ni siquiera contra los representantes de las más atroces formas de despotismo”.

Es sabido que Rosas dio largas y opuso dificultades al Tratado que pondría fin al litigio con Gran Bretaña hasta lograr lo que mucho se pareció a una rendición de los europeos. Ello es evidente en una comunicación de Henry Southern, uno de los varios emisarios de la Corona enviados para que el Restaurador

aceptase un Tratado que dejase bien parada a Gran Bretaña y le evitara la vergüenza internacional de haber fracasado en la invasión. Estaba dirigida a lord Palmerston con fecha del 13 de diciembre de 1849, cuatro años después del inicial combate de la Vuelta de Obligado: “Hace ya tres semanas desde la firma de la Convención superando las diferencias que habían surgido entre los dos países. Esperaba ser recibido en audiencia inmediatamente después como una cuestión de rutina ya que en todas las referencias a tal paso esto siempre fue estipulado durante el arreglo del malentendido. Pues bien, como aquí nunca nada es seguro y la forma del general Rosas de tratar toda cuestión que le llega es tanto original como caprichosa consideré aconsejable, antes de hacer presentación oficial alguna al respecto, preguntarle privadamente cuándo fijaría una fecha para mi audiencia. Luego de cierta demora (la única vez que ha habido demora en caso similar) obtuve una entrevista el día 10 último, lunes, que como es costumbre duró casi toda la noche [...]. Luego de largo rato de algo obscura fraseología, dijo que la época que consideraba apropiada para mi recepción sería después de la ratificación de la Convención, y cuando nosotros hubiéramos conformado con sus estipulaciones. Confieso que no pude escuchar esta declaración de sus intenciones sobre el tema sin sorpresa e indignación [...]. Le demostré primero que estaba actuando de mala fe, ya que en toda nuestra correspondencia con relación a mi audiencia siempre se había referido a la época del *arreglo* de las diferencias existentes, a la firma de un acta pública de Paz y amistad, etcétera, etcétera, y ahora que había obtenido la Convención, había vuelto al tema de la devolución de la Escuadra, que sabía que estábamos dispuestos a devolver y que hubiéramos de devolver sin tratado alguno, si él no hubiera insistido en que se hiciera un tratado [...]. Le aseguré

que la información de que nuevamente se negaba a recibirme sería recibida con sorpresa y desagrado por el gobierno británico y que no podía dejar de hacerle notar que su manera constituía una respuesta desagradecida a la conducta amistosa y a la consideración que le había mostrado Su Señoría al concluirse el Tratado [...]. Su defensa consistía principalmente en declaraciones acerca de cómo verían sus compatriotas la recepción del ministro británico mientras que la Escuadra Argentina permanecía detenida por los ingleses; que él dependía totalmente de la opinión pública para su poder, y que todos exclamarían al saber que yo había sido recibido: ¿por qué no devuelven la Escuadra? ¿Por qué la Bandera Argentina no recibe el saludo de 21 cañonazos? ¿Por qué los argentinos van a darse por satisfechos antes que se les dé la debida satisfacción? ¿Van a devolver la Escuadra? Me dijo, ¿qué pasos está dando para reintegrarnos nuestros barcos? ¿No le ha enviado órdenes su Gobierno de cumplir con las obligaciones del Tratado además de firmarlo? Porque es aquí y no allá, donde se debe cumplir con el Tratado”.

Considero el texto de Andrew Graham-Yooll de gran riqueza literaria e historiográfica para quien desea conocer, también investigar, el espesor de las relaciones entre nuestra patria e Inglaterra en aquellos turbulentos tiempos de mediados del siglo XIX.

PACHO O'DONNELL
Buenos Aires, 2016

Índice

- 8 **Prefacio. Félix Luna**
- 10 **Turbulentas relaciones de Argentina y Gran Bretaña a mediados del siglo XIX. Pacho O'Donnell**
- 20 **La visión británica sobre Rosas. Rosendo Fraga**
- 26 **Advertencia del autor**
- 30 **Presentación del autor a la nueva edición**
- 34 **Fuentes**

Primera Parte

Rosas y los británicos

- 38 **I**
El reconocimiento diplomático de Buenos Aires por la Corona de Gran Bretaña
- 52 **II**
Rosas llega al gobierno (1829)
- 58 **III**
Segundo gobierno de Rosas (1835)

- 76 **IV**
John Henry Mandeville (1840)
- 84 **V**
¡Viva la Federación!
- 96 **VI**
Bloqueo anglofrancés del Río de la Plata (1845-1850)

Segunda Parte

Miradas sobre Rosas

- 128 **VII**
La batalla de la Vuelta de Obligado, vista por *The Times*
(1845-1846)
- 144 **VIII**
La caída de Rosas según *The Times*
- 154 **IX**
James Ptolemy Thurburn (1847)
- 166 **X**
Henry Southern (1849)

- 184 **XI**
Robert Gore (1852)
- 188 **XII**
John Masefield
El poeta, Rosas y Camila
- 196 **XIII**
Allá lejos y hace tiempo
Guillermo Enrique Hudson
- 212 **XIV**
Un dictador argentino exiliado vivió 25 años en
Southampton
A. G. K. Leonard
- 220 **XV**
La comisión de restos
- 222 **XVI**
Menem devuelve el pasado a la Argentina
Peter Ford
- 226 **XVII**
El laberinto del patrimonio cultural
Daniel Schávelzon